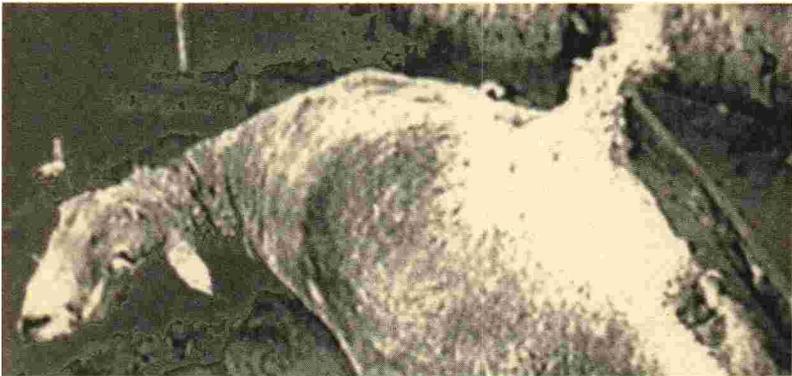


**En economía de guerra:
Todos los cuerpos el cuerpo, reflexiones
acerca del video *El sacrificio* de
Paz Errázuriz***

Pilar Errázuriz

“En el primer esqueleto vi, toda daga y daguerrotipo y guerra, dos blancos ejércitos nefandos. Cada tibia era un desierto de buitres y camellos infaustos. Las rodillas tornábanse de niebla y precipicios y así era este puente rótula de oscuro destino. Si muslos alguna vez hubo en flacos remedos de espadas fantasmales tornáronse. Sobre ellas se sentaba el fémur, primera fulguración que, sobre dos torres de olímpico movimiento, parecíase batir como una puerta que, aleonada por bramidos lejanos y cercada por dos leones impávidos, estremecía tiaras, fulgores, reinos, toda lejanía. A sus costados, graznaban gaviotas hacia fuera, hacia nunca, pues sólo cadenas y colmillos de cal yacían en las perdidas playas que algo tornó paradisiacas.

Oí rugir el río en la distancia”
En *Uranio* de Marina Arrate, 1999.



* El video fue exhibido en la Galería de Arte “Animal” de Santiago, en septiembre 2001 y posteriormente en el Museo de Arte Contemporáneo de Valdivia. Video 8, nueve minutos de duración. Cámara: Paz Errázuriz, editado por Paz Errázuriz y Mariana Cáceres a comienzos del 2001.

Es, si acaso, el río que, con fragoroso ímpetu surge de la cueva de Celene, lugar sagrado de Cibele, caudal que nace de la piel de Marsias –el músico frigio desollado, desollado como un cordero sacrificial–, piel que aún pende allí desde la muerte atroz que le confiriera Apolo por su atrevimiento a igualársele. Cuenta la tradición que la piel continuó viva aun mucho tiempo, vibrando y estremeciéndose con algunas de sus melodías favoritas.

Así, también, la última y bellísima imagen del video de Paz Errázuriz que recoge el carneo estival de un cordero en Magallanes, nos acerca y nos sumerge en lo aún palpitante de la vida en un cuerpo recientemente sacrificado y nos invita a acercarnos a lo mítico, a entrever el eterno retorno.

Esta experiencia que la artista registrara en 1989 editada solo recientemente, se resignifica en este 2001, año apocalíptico de destrucción y guerra, por el encuentro con lo extraño inquietante que nos genera la memoria arcaica que se estremece, como la piel de Marsias, ante la visión del sacrificio de un cuerpo. De cada cuerpo, de todos los cuerpos.

Se suceden las imágenes del carneo sin prisa, pero sin pausa. Inexorables. Como fue la muerte de Marsias, colgado boca abajo, desangrado y desollado por el poder de un Apolo celoso y falso.

Por nueve minutos se suceden imágenes sin palabras. Los sonidos son los que acompañan a la faena. El matarife es una presencia cualquiera, silenciosa, impersonal. Lo que se torna protagónico, lo que se nos impone es el cuerpo intervenido por el arma mortal, la sangre caliente que se escapa, las coyunturas, los músculos, el intersticio entre la piel y la carne por donde el hombre desliza su puño para desollar.

Como Apolo con Marsias, el músico frigio. Todos los cuerpos se funden mientras se desgranán las escenas. Los espectadores nos sentimos convocados por la estética y la poética de las imágenes a encontrarnos de un modo turbio, confuso, ambiguo, con nuestro yo-piel, con esa dimensión por siempre velada, solo capturada por el placer, por el dolor, por la fatalidad.

Espacio de encuentro inquietante entre una memoria arcaica y la que emparenta sacrificio con martirio, el vocablo griego *Martyromai* que significa “ser testigo” y que en definitiva se deriva del indoeuropeo *Mer* que significa “memoria”, cerrando así el cír-

culo de retorno a la muerte, "*in memoriam*" del sacrificado, testimonio del sacrificio.

Los poetas y los artistas cantan la profundidad de los misterios. Cantan al eterno retorno: con eficacia, el matarife del cordeiro magallánico cumple en el anonimato su parte del contrato mortal. Apolo, matarife de Marsias, es un dios que en nombre propio da curso a su destino. Sin embargo, en ambos casos, el protagonismo corresponde a la víctima. Son los cuerpos mutilados, agredidos, muertos, son ellos, es su dimensión de-velada los que finalmente protagonizan los relatos apocalípticos.

La convocatoria que hace Paz Errázuriz desde sus imágenes para reunirnos en el espectro del sacrificio de un cuerpo, tiene la lucidez de la denuncia del artista testigo y portavoz consciente/inconsciente de lo que se escamotea. Del orden del mito, del orden de lo arcaico, del orden del retorno de lo reprimido. Cada escena del carneo parece convocar una ausencia, parece interrogarnos acerca de todos los cuerpos, los cuerpos desaparecidos, los cuerpos mutilados, los bajo tortura, los de la fuga; los que sepultan los escombros, a los que bombardean, los apaleados ¿en qué resquicio invisible se volvieron solo palabra?

Hoy, año de guerra, año de destrucción, año apolíneo por excelencia, las imágenes de los medios de comunicación una vez más alteran el orden del protagonismo: Apolo y no Marsias, el matarife y no el sacrificado. Escamoteo de los cuerpos, silenciamiento de todos los cuerpos, unos como otros, intercambiables, cuerpos velados por toda suerte de velos. Desfile de indiferente homogeneidad, o tan solo la visión de espacios baldíos que otra fueron transitados. Cuerpos, que no se sabe en qué negados protagonismos se les sacrificó, son los del martirio, ausentes de la posible memoria.

Al igual que Apolo, los matarifes profesionales de la guerra son celosos y falsarios. Sin embargo, a diferencia de la cueva de Celene, la piel de Marsias no se exhibe, ni se estremece con melodías, ni da nacimiento a un torrente, puesto que es la tierra yerma, arrasada, limpia de sacrificados, la que interesa mirar. El ojo, acostumbrado ya al ocultamiento y a los velos, no busca, no encuentra, no extraña siquiera las rótulas, las tibias, los cráneos.

Espacio vacío de cuerpos, espacio imaginario sin imágenes, creación deliberada de una falsa memoria, de una ausencia de

recuerdos en la cual subsista omnipresente el rostro de Apolo, patriarca castigador de todos los Marsias sacrificiales, homogéneos en la economía de una guerra llamada infinita.

Solo los poetas y los artistas podrán convocarnos, como hace hoy Paz Errázuriz en *El Sacrificio*, a la dimensión de-velada de lo escondido, y podrá, así, resonar lo real desde el eterno retorno del yo-piel, de todos los cuerpos el cuerpo.